

que la legión extranjera francesa de 5.000 hombres quedaría todavía seis años en México al servicio de Maximiliano después de haber sido retirados de México los demás franceses. Maximiliano por su parte se obligó á pagar 270 millones de francos por los gastos de la expedición francesa calculados en esta suma, hasta el 1.º de Julio de 1864. Desde este día se convino en que Maximiliano pagaría mil francos anuales por cada hombre. Inmediatamente tuvo que pagar Maximiliano á cuenta de estas sumas 66 millones y luego 26 millones anuales. A fin de suministrarle los primeros recursos se hizo un empréstito de seis millones nominales de libras esterlinas al interés del seis por ciento, pero que solo pudo ser colocado en Londres al tipo de 63 por ciento.

Habiendo regresado el archiduque á Miramar después de estos arreglos; volvió á vacilar porque el emperador de Austria insistió en que renunciara á su derecho eventual hereditario, con lo cual se conformó Maximiliano á condición de que por medio de una acta secreta se declarase nula su renuncia en el caso de que tuviese que abdicar el trono de México. El emperador Francisco José se resistió tenazmente á aceptar esta condición ni pudieron nada las instancias de la archiduquesa Carlota, que á este efecto se trasladó súbitamente á Viena. Entretanto el general Frossard, á quien Napoleón había enviado á Miramar, instaba al archiduque para que recibiera la diputación, aceptara la corona y ratificara como emperador el convenio del 12 de Marzo. Maximiliano, convencido ya de que no podía torcer la voluntad de su hermano, se conformó con la exigencia de éste aunque con mucha repugnancia. Francisco José acompañado de los agnados más próximos y de algunos ministros llegó á Miramar, donde fué firmada el acta de renuncia é inmediatamente después el convenio con la Francia (1). El día 10 de Abril de 1846 recibió el nuevo emperador la diputación mexicana por segunda vez y le hizo saber definitivamente su aceptación de la corona. Cuatro días después embarcóse para su nueva patria en la fragata austriaca Novara, visitando de paso al Papa en Roma, donde pasó algunos días; el 29 de Ma-

[1] Delord, tomo IV, pag. 184, ha publicado las actas relativas á estos asuntos, que hasta entonces no se habían conocido.

yo desembarcó en Veracruz y el día 12 de Junio verificó su solemne entrada en México.

Todo su afán se dirigía visiblemente á granjearse la confianza del partido liberal. Colmó de honores y distinciones á los hombres que hasta entonces habían representado su causa, pues que reconoció la libertad de cultos, confirmó la venta de los bienes de la Iglesia, abolió la censura, estableció la milicia nacional y finalmente otorgó en 10 de abril de 1865 una constitución. Esta política, sin embargo, no dió el resultado que se esperaba. Militarmente prosperó el imperio porque los franceses se apoderaron de una provincia tras otra, mientras que el fugitivo presidente Juárez tuvo que establecer su gobierno en Chihuahua en el extremo Norte. Napoleón recompensó al victorioso Bazaine en 5 de Septiembre con el bastón de mariscal. Los triunfos de los franceses resultaron pasajeros, porque si bien sometían á las provincias más lejanas, no las podían ocupar permanentemente y hasta la comunicación entre México y Veracruz fué interrumpida por las bandas republicanas. Entonces se aconsejó á Maximiliano que declarase á estas fuerzas enemigas simples bandoleros, á lo cual se negó con razón; pero cuando el general Brincourt consiguió expulsar á Juárez de Chihuahua quedándose este último solo con la ciudad fronteriza del Paso, situada en las orillas del río Bravo del Norte, Maximiliano se creyó autorizado para hacer saber, en un bando del 3 de Octubre de 1865, que el ex-presidente había abandonado el territorio mexicano y que en adelante todos los que hicieran armas en su nombre serían sometidos como malhechores al consejo de guerra y fusilados en el término de veinticuatro horas. Esta amenaza fué realizada luego en las personas de los generales juaristas Arteaga y Salazar. Maximiliano mismo calificó de draconiana esta orden en una carta que escribió á Napoleón; pero decía que esperaba produciría efecto. En realidad para producir efecto hubiera sido menester un ejército mucho más fuerte, mientras la persecución sangrienta á que se había dejado inducir Maximiliano no hizo mas que aumentar la exasperación de los mexicanos.

De ningún modo fué posible mejorar la situación interior de México. La hacienda se hallaba en un estado desesperado, y la

administración solo pudo continuar á favor de un nuevo empréstito que fué colocado, en 1865 en Francia con el auxilio del gobierno al curso solo de 54 por ciento. Pero á principios del año siguiente se halló el gobierno otra vez abocado á la bancarrota, y los escasos adelantos que facilitó Bazaine á fuerza de instancias no pudieron detener el fatal desenlace ni fueron aprobados en París (1). Además se habían hecho cada vez más tirantes las relaciones de Maximiliano con el partido ultramontano. El nuncio Meglia, en lugar de mediar y moderar, se permitió tratar al emperador públicamente de súbdito del Papa y publicar sin su autorización los decretos del Vaticano. Por otro lado tampoco consiguió Maximiliano formarse un partido entre los juaristas, y así se halló en situación positivamente insostenible.

Su relación con los franceses se fué haciendo también de día en día más difícil. Bazaine comprendió desde luego que el archiduque austriaco no lograba ganar terreno en el país, y desde entonces empezó á acariciar la idea de ponerse en su lugar, pues su casamiento con una mexicana le facilitaba un partido. Hizo, pues, todo lo que pudo para dar disgustos á Maximiliano á fin de impulsarle á abdicar. Para esta política le estorbaban los legionarios austriacos y belgas que Maximiliano enganchó, y también le disgustó que el emperador encargara la organización del ejército mexicano, no al general L'Herillier sino al general austriaco Thun. Quiso crear un cuerpo de gendarmería y de ingenieros con cuadros franceses, pero Napoleón no lo permitió (2), porque en las Tullerías, y esto fué para Maximiliano mucho más funesto que los planes ambiciosos de Bazaine, se había efectuado un cambio completo de opiniones, debido sin duda principalmente á la convicción que se había apoderado de Napoleón de la impopularidad de la expedición mexicana. La Francia no había mostrado gran interés en los principios de esta empresa, pero tampoco había manifestado hostilidad, y en el fondo del país se prometía de ella gloria y botín á manera de las expediciones de China y de las luchas de Anam. Se creía que como estas sería de muy corta duración la de México, y en vista de la alianza con España é Inglaterra y de la situación

(1) Keratry, pág. 105.

(2) Bandon, tomo II, pág. 108.

difícil de los Estados Unidos, nadie temía ningún peligro serio. Cuando después los mexicanos "cometieron la brutalidad de no querer dejarse vencer por un puñado de franceses," según escribió Merimée (1), no hubo nadie en Francia durante algún tiempo que no insistiera en que se continuara la guerra, pero esto duró poco. Salvado el honor de la Francia obscurecido por el descalabro de Puebla el 5 de Mayo, se aumentó la aversión contra una empresa que exigía más víctimas á causa del clima que por los combates, y Merimée escribió su carta que fuera del César y del señor Fould no conocía á nadie que se liasonjeara de ver la menor utilidad para el país en esta expedición. La oposición vió luego los muchos puntos de ataque que le ofrecía tal aventura, y no omitió ninguna ocasión de censurarla vivamente en los debates de la contestación al discurso del trono, como al aprobar los recursos pedidos. Ya en Enero de 1864 no ocultó la mayoría del cuerpo legislativo en su contestación al discurso del trono que muchos ánimos en Francia pensaban con tristeza en los sacrificios y obligaciones que originaba la expedición, y declaró que el país se alegraría de ver pronto los buenos resultados que esperaba el emperador.

La aceptación de la corona por Maximiliano pareció reanimar la esperanza que se tenía en un arreglo definitivo de la situación de México, y acaso estaba destinada á producir mayor impresión en la parte del pueblo mexicano favorable al gobierno; pero por desgracia casi al mismo tiempo [en 4 de Abril de 1864] la cámara de diputados de los Estados Unidos declaró solemnemente que era incompatible con los principios de la república reconocer una monarquía levantada en América bajo la protección de una potencia europea sobre las ruinas del gobierno republicano. El senado norte-americano no hizo suya esta declaración, porque aplazó su discusión por un tiempo indeterminado, y Seeward, representante de los Estados Unidos en París, dió explicaciones destinadas á quitar importancia á la decisión de la cámara de diputados; pero los grandes progresos que las armas de la Unión hicieron en aquel año en contra de los Estados del Sur, y la tenacidad con que la cámara de diputados sostuvo su declaración del 4 de Abril, despertaron

(1) Véase su carta á Papizzi del 11 de Octubre 1862.

grandes temores para el porvenir de los cuales participó también Napoleón.

En efecto, después de los triunfos de los unionistas en los primeros meses del año de 1865 y del definitivo desastre de la confederación, el lenguaje oficial de Seeward fué cada vez más brusco y rudo, y cuando el presidente Johnson, que después del asesinato de Lincoln había ocupado su puesto, se negó á recibir decididamente una carta del emperador Maximiliano, no quedó ya duda ninguna de que la Unión restablecida en la América del Norte expresaría muy pronto su hostilidad á la monarquía mexicana. Así, pues, Napoleón no se hizo ilusiones, se convenció de que solo era cuestión de tiempo la necesidad de retirar sus tropas y abandonar á Maximiliano á su suerte. Por supuesto, Napoleón deseaba demostrar que procedía así no por imposición sino por su propio y libre impulso; y cuando Seeward, en 28 de Octubre de 1865, llamó la atención del gobierno francés sobre la impresión penosa que causaba en los Estados Unidos el decreto sangriento contra los guerrilleros, comprendió que ya no había que vacilar. En una conversación confidencial que tuvo con el general Webb (1), que al regresar á América le visitó en Sain-Cloud, prometió llamar dentro de uno ó dos años sus tropas; dijo que en Abril haría saber esta resolución por el *Monitor*, y que si bien por el momento no podía ofrecer al gobierno de los Estados Unidos una declaración oficial, Webb podía comunicar la noticia al presidente Johnson confidencialmente.

Mucho más fácil hubiera sido para Napoleón retirar sus tropas si la Unión hubiese accedido á reconocer al nuevo gobierno en México; pero Seeward rechazó decididamente toda indicación en este sentido, diciendo que precisamente el establecimiento de una monarquía era lo que excitaba el descontento de sus compatriotas. Seeward, sin embargo, conforme escribió á principios de Enero de 1866 al ministro de Negocios extranjeros de Juárez, deseaba facilitar al emperador de Francia el modo de abandonar á México decorosamente, á cuyo fin quería sostener la apariencia de que el ejército francés regresaba porque Maximiliano no tenía ya nada que temer. Pero de ningún

(1) Nueva York; *Times*, 14 de Abril de 1869.

modo quiso conservar esta apariencia reconociendo la autoridad del archiduque, como lo declaró decididamente en sus notas del 6 y 16 de Diciembre de 1865, antes bien exigió entonces la retirada incondicional del ejército francés. Únicamente accedió al fin á prometer, conforme le pidió Drouyn de Lhuys en una nota del 9 de Enero de 1866, la rigurosa neutralidad de los Estados Unidos en la guerra civil mexicana si la Francia retiraba sus tropas. Esta concesión era tanto más valiosa cuanto que justamente entonces la arbitrariedad de un general nortea-americano amenazaba originar graves complicaciones. A solicitud del nortea-americano Crawford, que mandaba una división del ejército juarista, el general Veitzel, que mandaba en la frontera mexicana, había protestado ante el imperialista Mejía contra el fusilamiento de algunos juaristas; y cuando esta protesta fué rechazada, había ocupado el 4 de Enero de 1866 la ciudad mexicana de Bagdad. Estaba ya Mejía á punto de atacar á Veitzel cuando este recibió desde Washington la orden de evacuar á Bagdad y deponer su mando.

Entre tanto Napoleón, el senado y el cuerpo legislativo hablaban en términos retumbantes para engañar al público francés y al extranjero respecto de la retirada. En el discurso del trono del 22 de Enero de 1866 aseguró el emperador que el gobierno establecido en México por la voluntad del pueblo se consolidaba; que los efectos benéficos de las nuevas instituciones se daban ya á conocer en la prosperidad del comercio, y que el emperador juzgaba, por lo mismo, haber llegado el momento de retirar sus tropas; que la agitación de los ánimos en los Estados Unidos se calmaría á consecuencia de las francas declaraciones de la Francia, y que las dos naciones, igualmente celosas de su independencia, evitarían todo paso que pudiese comprometer su honor nacional. A esto contestó el senado que si la presencia de la bandera francesa en el continente americano era á la sazón menos agradable á los Estados Unidos que en otro período muy glorioso de su historia, las comunicaciones enérgicas del gobierno francés habían enseñado al nortea-americano que expresiones altaneras y amenazadoras no pueden apresurar la evacuación, y que la Francia acostumbraba á moverse únicamente cuando juzgaba llegada la hora. El cuerpo legislativo se expresó con menos vigor, pero también decla-

ró que era atacar el honor y los derechos de la nación, sobre los cuales velaba solícitamente el emperador, querer imponer á la Francia el llamamiento de sus tropas. La enmienda de la oposición pasó prudentemente en silencio la actitud de la Unión norte-americana pero recordó que la izquierda había desaprobado siempre la expedición y expresó su sentimiento de que la evacuación hubiera sido aplazada sin que lo justificara ningún interés francés.

Entretanto se había dispuesto el regreso de las tropas. A mediados de Enero escribió Radón á Bazaine que la evacuación debía principiar en otoño, que elevara la legión extranjera francesa á 8,000 hombres, y que por lo demás se arreglara Maximiliano como pudiese (1). Para disponer lo necesario con Bazaine, fué enviado á México el barón de Seillard. Para Maximiliano fué esto un desengaño terrible, y se dice que exclamó: "¡Me han engañado (2)! Existe entre mí y Napoleón un convenio solemne sin el cual no hubiera aceptado la corona, y que me aseguraba sin reservas el auxilio de las tropas francesas hasta fines de 1868." Quiso abdicar, pero su esposa le detuvo y le conjuró á hacer cuanto pudiera para sostenerse. Almonte fué enviado á París para ver si había medio de hacer que el emperador cambiara de resolución; se formaron otros nueve batallones de cazadores para los cuales facilitó Bazaine los cuadros de su ejército, y se determinó reforzar la legión austro-belga con nuevos enganches en Europa, á cuyo fin Maximiliano se dirigió á su hermano el emperador de Austria, que le autorizó por medio de un convenio del 11 de Marzo á enganchar en el curso del año corriente 4.000 hombres y en cada uno de los tres años siguientes 2.000 hombres para la legión extranjera austriaca que contaba ya 6.000 individuos. Este convenio sin embargo, se estrelló contra la protesta de los Estados Unidos; y cuando en Mayo iba á embarcarse el primer contingente en Trieste, se opuso á ello una orden del gobierno de Viena.

Los juaristas fueron ganando de día en día más terreno; á medida que los franceses evacuaban las provincias más apartadas se apoderaban de ellas y llegaron hasta amenazar á

[1] Radón, tomo II, pág. 105; Keratry, págs. 113 y siguientes.

[2] Keratry, pág. 149.

Tampico. En esta penosa situación la emperatriz Carlota se decidió á pasar personalmente á Europa y buscar auxilio en París, Roma, Viena y Bruselas. Cuando menos, se lisonjeaba de conseguir el auxilio pecunario de Napoleón, puesto que justamente á la sazón el gobierno francés se había hecho conceder por convenio del 30 de Julio las rentas de las aduanas de Veracruz y de Tampico para asegurar los pagos de los plazos anuales á que se había obligado Maximiliano. Pero Carlota no podía haber escogido peor época para su viaje, porque en aquellos momentos la batalla de Koenigsgratz no solamente acababa de revelar la fuerza interior de Prusia, sino que había obligado al emperador Napoleón y á sus hombres de Estado á confesar la debilidad de la Francia, cuya debilidad, á su modo de ver, era debida, si no exclusivamente, por lo menos en su mayor parte, á la complicación mexicana. Por esta causa el gobierno francés, á raíz de la batalla de Sadowa, no pudo concentrar un fuerte ejército junto al Rhin é imponer con él la ley á la Prusia; y fueron rechazadas las pretensiones que Benedetti presentó á principios de Agosto en Berlin, no quedando más recurso al gobierno francés que devorar en silencio su disgusto y resentimiento. A penas predominaba en las Tullerías más pensamiento político, sobre el cual todo el mundo estaba de acuerdo, que la absoluta necesidad de retirar las tropas de México. Napoleón, que acababa justamente de salir de un grave ataque de su enfermedad, hubiera preferido no ver á la emperatriz Carlota, pero no pudo negar una entrevista á esta princesa que se hallaba en estado agitado. La entrevista fué larga y violenta, y de ella salió la emperatriz completamente quebrantada. No había podido obtener de Napoleón ni facilidades pecuniarias, porque el emperador participaba sin duda de la opinión que Fould le había expuesto en una memoria del 14 de Agosto (1), á saber: que no se podía auxiliar el trono de Maximiliano con dinero, porque ya no podía dudarse de que el partido monárquico había sido mucho más débil de lo que habían hecho creer en su tiempo los refugiados mexicanos; que Maximiliano no podía sostenerse sin las tropas francesas, y por lo mismo era conveniente que declarara en un manifiesto que

(1) *Papiers secrets*, pág. 342.

cuando los mexicanos le habían ofrecido la corona se habían engañado á sí mismos; que abdicaba, y que solo aprovecharía la presencia del ejército francés para mantener el orden y dar lugar á la elección de un nuevo gobierno y un jefe de Estado. Estos también fueron los únicos consejos que Napoleón supo dar á la emperatriz Carlota; declarándose pronto á facilitar su ejecución si los aceptaba, en cuyo caso ofreció retardar la retirada de sus tropas algunos meses, para embarcarlas definitivamente en la primavera de 1867. La infortunada soberana, después de quince días de permanencia, salió de la corte de Francia con el corazón destrozado. "¡Tengo mi merecido! exclamó; la nieta de Luis Felipe no habría debido fiarse jamás de un Bonaparte" (1). Tampoco pudo esperar auxilio del Austria, que acababa de sucumbir en Koenigsgratz, y también fueron vanos todos sus esfuerzos en Roma. Estos desengaños y agitaciones acabaron con su fortaleza de espíritu, y á principios de Octubre se apoderó de ella una incurable enajenación mental, que le ocultó la terrible catástrofe de su esposo en cuyo estado continuó desde entonces hasta su muerte.

Maximiliano inmediatamente después de la marcha de su esposa despidió á su ministerio, arrojándose enteramente en brazos del partido ultramontano del cual únicamente esperaba auxilio. La situación militar tomó un giro cada vez peor; Tampico cayó en poder de los juaristas, de lo cual Maximiliano culpó á Bazaine, que por su parte se quejó amargamente de la conducta de los generales mejicanos. La tirantez entre la corte y el mariscal francés se aumentó, agregándose el temor de los planes ambiciosos de Bazaine. La emperatriz Carlota había manifestado también este temor á Napoleón, al cual impresionó tanto más, cuanto que estaba de acuerdo con las noticias y quejas que había recibido y se hallaba confirmado particularmente por la correspondencia del general Douay con su hermano (2.) No faltaba otra cosa para poner á Napoleón en la posición más falsa sino la tentativa de su mariscal de hacerse elegir emperador ó presidente de México en lugar de Maximiliano, y como Bazaine había dado abundantes motivos pa-

(1) Keratry, pág. 159.

(2) Randon, tomo II, pág. 82 Merimeé, tomo II, pág. 220.

ra que el emperador redujera sus poderes, especialmente entre otras muchas torpezas la de permitir, si bien con repugnancia, que dos de sus oficiales, Osmont y Friant, entraran en el ministerio mexicano, envió á México en septiembre de 1866 á su edecán el general Castelnau, con poderes que le autorizaban á dar órdenes á Bazaine. El ministro de la Guerra, Randon, dijo entonces que él, en lugar de Bazaine, haría prender á Castelnau al desembarcar y le enviaría otra vez á Francia, aun á riesgo de ir detrás de él en el inmediato vapor para justificarse. Bazaine no lo hizo así, se sometió y obedeció. Lo primero que hizo Castelnau fué inducir á Maximiliano la necesidad de abdicar y favorecer luego la formación de un gobierno republicano con un general, por ejemplo Ortega ó Porfirio Díaz. Al propio tiempo estaba encargado de proceder de acuerdo, si era posible, con el general norte-americano Sherman y con el embajador de los Estados Unidos Campbell, cuyas instrucciones les mandaban tratar solo con Juárez, al cual debían considerar como jefe legítimo del Estado mexicano.

Seeward había consentido en esta acción común únicamente en la suposición de que la retirada de los franceses comenzaría en Noviembre, y cuando supo que Napoleón la había aplazado hasta el mes de Marzo de 1867, conforme lo había prometido á la emperatriz Carlota, no solamente pidió explicaciones sobre este cambio, sino que llamó á Sherman de Veracruz mientras Campbell marchaba á Durango al lado de Juárez. Maximiliano salió en 21 de Octubre de su capital y se trasladó enfermo á Orizaba. Su intención era abdicar y así lo dijo confidencialmente á Bazaine. En el camino encontró á Castelnau que le pidió una entrevista, pero se negó á recibirle: estaba más desalentado todavía por la triste suerte de su esposa que por su propio infortunio político. A pesar de todo, volvió á abandonar su resolución de abdicar prestando oído á las influencias clericales; en particular á las instancias del presbítero Fischer; en el cual tenía gran confianza. También le instaban los generales Miramón y Márquez á mantenerse firme y en estas circunstancias tomó la resolución de someter primero la cuestión al ministerio y al consejo de Estado. Estos fueron convocados en Orizaba, y en su conferencia del 24 de Noviem-